

El valor cívico.

A la Juventud Hispano-Americana.

El tiro rápido y la pólvora sin humo han venido a sacar a la guerra de entre los elementos del Poema. Ese so lucimiento se ofrece al heroísmo, desde que los combates no son ya entre enemigos que se miran y se embisten, sino entre invisibles mecánicos, que a luengas distancias se arrojan duchas de hierro y plomo.

Imaginemos por un momento, uno de aquellos bizarros adalides de las edades épicas, que apareciese en algunos de los actuales campos de batalla, agitando su noble acero, y retando en valientes voces a combate singular a los ofensores de su dama, de su dios o de su patria; en tanto que a una buena legión de distantes alevos máquinas de muerte, provistas de miras telescópicas, le toman matemática e infalible puntería, sirviéndoles de blanco el fulgente escudo que en letras de oro ostenta el altivo mote del campamento: «Aquí estoy!» «Héme aquí!»

El grande y hermoso arte de la guerra, gracias a los modernos perfeccionamientos ha degenerado en prosaico oficio mecánico, y el soldado de hoy apenas es un obrero enseñado a matar por largas trayectorias.

En cambio los adelantos de la inteligencia en direcciones opuestas a los medios de fuerza, tienden a desarrollar y a dar mayor eficacia y prestigio al otro género de valor, inerte esfuerzo del derecho, que ha tomado su nombre de la noble fuente de donde brota, que no es otra que la conciencia del verdadero ciudadano, y por tanto llámasele valor cívico.

El valor que sólo fía en la fuerza ó en la destreza, si bien merece respeto y lauro cuando se le pone al servicio de causas justas y honorables, precisa convenir en que es una cualidad común a todas las criaturas. No así la otra, en que una virtud esencialmente humana, y no como quiera sino como condición de privilegio, en las almas pues que no aparece en el carácter mientras éste no haya sido preparado, para un extraordinario dignificación, por el culto de un vehemente é ilustrado ideal de justicia y libertad. Fuera de la esfera de los derechos del ciudadano y de los intereses del Estado, cuando esa sublime cualidad impera por otros móviles en el espíritu, se llama valor moral, pero en unos y en otros casos sus promesas son siempre trascendentales. Esa santa soberbia del alma ha creado religiones eternas y repúblicas ilustres.

Este linaje de valor es el que los hijos de la América latina debemos esmerarnos en cultivar y estimular. El otro, el valor que consiste en afrontar la muerte con medios para darla, lo poseemos en grado extraordinario. El uso patriótico de ese hermoso valor nos conquistó la independencia. Su abuso fratricida nos está haciendo perder la libertad y el buen nombre. Pueblos gloriosos y felices llegaríamos a ser si guardáramos para defender la soberanía, el valor que nos la dió, y si ejercitáramos para hacer repúblicas verdaderas el valor cívico único fecundo para tales empresas.

No se da en la Historia un solo ejemplo de que los héroes del valor inerte hayan fundado tiranías. Jamás se vió a la virilidad del carácter clamando por ordenes. Nunca ha reñido el civismo una elección para encombrarla a capataces. Estos suben siempre a tiros, y a tiros mandan. Cierta es también, sin embargo, que por las armas llegan algunas veces al poder hombres honrados y patriotas; pero cuando la suerte premia de esa manera a un pueblo en la peligrosa lotería de las revoluciones, resulta que el trabajo de reponer al país de los quebrantos que ha tenido que padecer durante la lucha, absorben por largo tiempo la atención y buena voluntad del gobernante ó gasta los más poderosos medios de su gobierno. Resulta entonces, que aquello que había de aprovecharse en progreso se invierte en convalencia; sin contar con que a tales calamidades se junta la de nuestra natural impaciencia, pues al siguiente día del triunfo de una revolución, reclamamos todos el milagro de los cinco paises, olvidándonos de que para llegar a donde llegamos hemos arrasado los campos y no hemos dejado grano ni para una sola de las cinco hogazas del milagro.

Por otra parte, las victorias del valor guerrero no siempre prueban la razón ni el derecho de quien las gana. El mayor número de soldados, la excelencia de su armamento y disciplina, ó el más hábil arte estratégico de su general, y no pocas veces los varios accidentes que entran en lo que generalmente se llama «la suerte de la guerra», pueden decidir y por lo común deciden del resultado de las batallas dando en ocasiones la palma del triunfo a quien menos la tiene merecida. En tales casos y a raíz de la victoria en medio de los regocijos de los vencedores, la Historia imperturbable en su misión de verdad, concluye la página comenzada la víspera, y dice para que perdure: «Vencida en el hecho fué aquí la razón, pero continúa ella triunfante a la luz del Derecho y en el criterio de Justicia.» En las acciones de guerra que así se pierden, lo que se rinde al vencedor no es sino las armas que se llevan en las manos. El ideal que en el corazón palpita no capitula ni claudica y continúa rebelado en los pechos inermes.

No sucede otro tanto en las victorias del civismo. Los vencidos por el esfuerzo de esta virtud del ánimo lo rinden todo: acción, voluntad é ideas. Tal lo vemos en el seno de los parlamentos en que un poder opresor halagado disciplina una mayoría incondicional a la cual no se atreve sino apenas con su voto silencioso y mudo, la minoría acobardada. Mas en medio de ese vergonzoso mutismo de obediencia por una parte y de esa carencia de audacia por la otra, vérguese un día un carácter viril, un orador sin miedo; sube a la tribuna, y desde allí que es una cumbre, ni cuenta el crecido número de sus contrarios ni piensa en las escasas voluntades que habrán de seguirle. En tal instante, el orador se levanta por la fuerza; se agita por el vuelo. Habla, y su palabra, llena de la magestad y del imperio con que todo noble coraje se impone pesetea en las conciencias de intento muradas; despierta en ellas emociones potentes haciendo vibrar las fibras adormecidas, entre como luz en donde la razón está en tinieblas; ilumina, sacude, mueve, persuade y arrastra,

tra, a tal extremo pujante é irresistible, que las filas juramentadas se olvidan de la consigna, y de entre ellas salen al fin votos independientes que redime su decoro.

Y qué triunfos tan gloriosos, esos triunfos de la razón sin armas; victorias del carácter en sublime exaltación de heroísmo cívico! No tiene el valor guerrero hazñas tan hermosas como las hazñas del civico decuado, aun cuando el don de la elocuencia acompañe a veces también al genio militar; pero la empresa por las palabras entonces ennoblecida, ha resultado luego inferior a las palabras. «Soldados!» exclama Napoleón arengándoles en Egipto: «Desde la altura de esas pirámides, cuarenta siglos os contemplan!» Esas diez palabras del genio armado dan una nueva victoria a la Francia. Mirabeau, héroe cívico, hace mucho más con un breve apóstrofo: gana una inmortal victoria para la humanidad entera. Fué el día en que Brezé, el maestro de ceremonias de la Corte, por orden del rey mandaba a la asamblea que se disolviese: «Id a decir a vuestro amo, rogó Mirabeau, que aquí estamos reunidos por la voluntad del pueblo, y que sólo podrá arrancarnos de nuestros puestos la fuerza de las bayonetas.»

Allá, al grito de Napoleón, los siglos contemplan: aquí los siglos se humillan. Allá un soldado impone su nombre a la Europa; aquí Mirabeau destrona todo un sistema de privilegios, y da al mundo entero la conciencia de los derechos del hombre. Pero no hay que confundir, no, la arrogancia del ciudadano con la soberbia del faccioso. Para poder desplegar la altivez cívica en la demanda y defensa de sus derechos, necesita el hombre haber aprendido a cumplir con entereza sus deberes. República y equilibrio son sinónimos cuando se trata de esas dos condiciones en la acción de los asociados. Los grupos ingobernables no son sino tiranuelos en galledura, que la incubadora de las revoluciones empuja luego. Mal podrá mandar bien aquel que no supo medidamente obedecer. Esto, que es un axioma de la milicia, es también un axioma del civismo. No tiene la libertad mayor enemigo que la licencia. A veces el despotismo no es más que el resultado de la evolución de un buen hombre, acaso con propósitos de ser un hombre bueno y que asustado y descorazonado por festinaciones revolucionarias, se vuelve huracán, desconfiado, codicioso y absurdo, en una palabra, tirano. La licencia faciosa es siempre injusta. Y a los agravios de la injusticia no resisten sino las almas consagradas a un ideal elevado.

Cabalmente nos hemos prendado los hispano-americanos de la forma de gobierno más complicada que hayan inventado los hombres, como quiera que es la más perfecta de todas. La monarquía, el imperio, el sistema colonial, todo eso es en extremo sencillo y fácilísimo de comprender; tan simple y cómodo para hacerlo funcionar, así por los que arriba mandan como por los que abajo obedecen. Todos esos mecanismos se reducen a una diferencia entre dos planos. Del plano superior cae por su propia gravitación, y metódicamente, el martillo de la autoridad. En el plano inferior aguanta el yunque, es decir, el pueblo. Pero en la República todo está en un mismo plano, y no existen en ella ni martillo ni yunque. El pueblo es, a la vez, poder activo y comunidad pasiva. Con la conciencia de su propio bien, maña; y con la conciencia de sus deberes se obedece a sí mismo.

El mecanismo de la República democrática, ó sea el gobierno del pueblo y para el pueblo, constituye la maravilla de los dos últimos siglos. Los sistemas anteriores producían tan sólo el orden, y a veces la justicia. El sistema nuevo reunió en un solo resultado a aquellos dos bienes y además la Libertad, que es el bien supremo. Mas para que este prodigioso invento funcione correctamente y pueda llenar sus múltiples y soundos objetos ¡qué de cuidados ha menester! ¡qué regularidad en cada una de las partes que lo componen! ¡qué suma de inteligencia en cada uno de los elementos de su fuerza! ¡qué rigurosa exactitud en el radio atribuido a cada uno de los movimientos de su maravilloso engranaje! Cuando el equilibrio falta del lado de la comunidad, amenaza la anarquía.

La República genuina, es, pues, la empresa más árdua y complicada en que hemos podido empeñarnos los pueblos jóvenes, con sangre inflamable, que poblamos las zonas ardorosas de la América en donde el sol, por contrarios modos, nos inclina a la vez a la mollicie y a la rebeldía. Mientras los gobernantes falaces se calazan la férrea manica del despotismo, nosotros dormimos la siesta; y al despertarnos la ganada, corremos al monte cercano y nos pronunciamos.

Para eso el nos sobre el valor a los hijos de la cálida América. Trátese, por el contrario, de defender nuestros derechos con la ley y las instituciones en la mano y con la razón en los labios; y habrá de verse que ánimus valientes, que no tiemblan ante la grave posibilidad de una muerte obscura é ingloriosa recibida en los campos de la facción, se vuelven prudentes en demasía ante la perspectiva de unas cuantas semanas de meditativo encierro en un calabozo, ó de unos meses de forzoso paseo por países extranjeros. Casi pudiera afirmarse que pertenece al estado de la patología esa extraña aberración de los caracteres en nuestras repúblicas.

Peligros hay en verdad, para el ejercicio del valor cívico, según el grado de educación, según la naturaleza de los violentos instintos del tirano que haya que combatir sin otras armas que las de una altivez convencional. Pero desde luego que no había de merecer el excelso nombre de virtud una cualidad cuyo ejercicio no aparejase sacrificios y riesgos. Un ciudadano que no se atreviese a defender firme, tenaz y resueltamente la sacra religión de sus derechos, no sólo porque por las calles andan esbirros secuestrando a los hombres dignos, daría todavía mayor ocasión para el ridículo y el escarnio que el ingenuo oficial que las anecdotas no reñere; el cual, debiendo avanzar contra el enemigo que en retirada se ba-

tía, replegó con su tropa in comba tir. «Por qué no atacas Usted?» le preguntó indignado el jefe. Y él con suma naturalidad le contestó: «Porque todavía tiran, mi general.»

En las luchas del civismo hay que avanzar también, aunque tiroa todavía. En esas contiendas riga la misma disciplina que en las campañas guerreras. Si un tirano sucumbe, otro toma la palabra; si un periodista cae, otro toma su pluma; ni más ni menos que hace el voluntario desarmado cuando recoge el humante fustil del veterano herido, y continúa disparando con él sobre el onemigo. Tal como en los bélicos asaltos no se contienen los avances hasta que la zanja no esté colmada de cadáveres y sirvan éstos de puente para llegar a la fortaleza, así los solacjos del civismo no deben cesar en reponer su bajas hasta que ya no quede espacio para contener a los bravos de valor inerme.

Cuando los pueblos no están educados en el ejercicio de ese linaje de energía, los extravíos de los gobernantes terminan siempre por producir la revolución armada, sin que se haya pasado antes de llegar a esa última razón de los pueblos, por las civilizadas transacciones de la acción pública: primero en la forma de consejo patriótico al gobernante que se desmanda; luego en el modo de administración circunspecta, pero viril; y últimamente en la resuelta lucha, pero siempre en la forma de una oposición razonable y razonada. Cuando este extremo de la actitud del civismo se hace necesario, y cuando la oposición se conduce respetando las personas y siendo inexorable para con los hechos punibles, produce el efecto de un poderoso disolvente que corroe la base de conservación que toda autoridad por solo el hecho de serlo, se crea; hasta que alzado por completo el gobernante arbitrario, no pudiendo luchar contra la fuerza invisible é intangible que le sofoca, se extingue al fin en espasmos de vano furor y en actos de crueldad inútiles. Es entonces que la codicia sugestionada con su consejo medroso y egoísta, aboga en el desdichado todo sentimiento de coraje y honor necesarios para acometer una resistencia final y caer siquiera con el respeto de los valientes, ya que no con la absolución de los buenos.

En nuestros pueblos hispano-americanos (salvo las excepciones que fortalecen la fe de los que creemos y no desesperamos) se han ensayado todos los temas de revolución imaginables; y para las que veagan habrá que recalienten los viejos programas, fríos todos ellos, muchos ya mandidos. ¿Por qué no probar ahora con la paz? Las hazñas del valor guerrero nos han anquilado; ¿por qué no darle una oportunidad de ensayar las suyas al valor cívico?

Es incalculable la fuerza que puede llegar a acumularse con la mera asociación de las convicciones. Un solo hombre persuadido de sus derechos, constituye una energía poderosa. Un pueblo imbuido en la misma y noble idea, es formidable. Podría compararse a una inmensa batería cargada de electricidad, capaz de generar extraordinaria fecundidad y también capaz de producir estragos infinitos. Los Gobiernos que respetan esa fuerza de la conciencia colectiva, la utilizan para el progreso y para la prosperidad general. Los gobernantes que la desprecian y provocan, desaparecen con su estallido. La energía cívica es luz ó es rayo.

En la gran República que todos admiramos como modelo democrático, esa fuerza maravillosa es la que la sostiene y equilibra. Si allí no hay soldados, es porque el pueblo; cada cuatro años, se sienta en el Capitolio y desde allí se gobierna a sí mismo. Durante esos cuatro años se titula Presidente, pero al finalizar ese lapso, se baja de su carul y vuelve a llamarse pueblo.

Cualquiera que de paso y sin tiempo, ó sin simpatías ó sin la seriedad que se requiere para el estudio de las sociedades humanas, vea esa República de prósperos trabajadores afacados en los negocios y en otros medios de adquirir, podría imaginarse que es una gran masa de indiferentes para los intereses políticos, y por tanto, fácil para imponerle un régimen tiránico en el gobierno. Pero intente cualquiera alterar una sola letra de los artículos que consagran su derecho, y se verá esos millones de trabajadores, abandonar sus labranzas, mostradores, bufetes, talleres y factorías, y con el sólo estrepito que producirían los instrumentos de trabajo al caer de sus manos, y con sólo el silencio del caso cesarían de agitarse y rugir, bastaría para que, quien quiera que intente eso imagine el atentado se sobrecogiese de pavor, y para que le viniese a la mente, si jamás la tuvo, la concepción de esa colosal y estupefaciente energía que se llama la conciencia de un pueblo, en la plena posesión de sus derechos y apegado a ellos como a su propia vida.

Jóvenes hispano-americanos: Colgad reverentes a espada y el fusil revolucionario de vuestros padres, y no los toquéis sino en el caso en que la Patria os reclame la defensa de su soberanía. Pero si no queráis que la Patria vea jamás en peligro su existencia soberana, contribuid a la excelencia cívica de cada uno de los ciudadanos, de todos los cuales es como alma y fundamento, el valor cívico.

N. BOLET PERAZA

IMPORTANTE.

Suplicamos a las personas que por no aceptar la suscripción a REGENERACION se sirvan devolverlo, pongan con claridad sus nombres y sus direcciones para borrarlos de nuestras listas. Para la devolución no hay necesidad de gastar en timbres.

Agradeceremos a nuestros nuevos suscriptores que sirvan perdonar el que no les enviamos limpios los ejemplares de los números 1 y 2, pues en virtud de haberse agotado las ediciones de dichos números, solo podemos servir ejemplares ya usados. En virtud de la carencia de los números 1 y 2, algunas personas no recibirán dichos números inmediatamente que hagan sus pedidos, pero pueden estar seguros de que se los enviaremos.

La persona que nos envíe el importe de diez suscripciones por un año, recibirá una suscripción gratis.

Los favoritos

del Gral. Diaz.

El Gral. Diaz, para gobernar al pueblo mexicano, no sólo no ha buscado, sino que ha desechado sistemáticamente el concurso de la inteligencia y de la honradez. Su programa es de brutalidad y de opresión, y para sostenerlo no ha necesitado inteligencias que guíen y cerebros que piensen, sino sencillamente brazos que ejecuten, instrumentos sumisos que acaten ciegamente las órdenes de la voluntad que los domina.

En los principales puestos públicos, en las mayores alturas, ha colocado el Gral. Diaz precisamente a individuos que se caracterizan por su miseria intelectual, a seres vulgares y rudos que al ver encumbrada su insignificancia, sienten por su protector la gratitud zoológica de los canes a los que un amo generoso repleta de sabrosa y abundante pitanza. Defienden al amo; lo obedecen sin titubear y lo secundan en todo y para todo, a la menor indicación.

Uno de estos inválidos del intelecto, que goza del favor del Autócrata y que al Autócrata sirve con fidelidad canina, es Manuel Alarcón, que acaba de ser reelecto Gobernador de Morelos, como premio de sus buenos oficios para con la Dictadura. Ante la reelección de este funcionario no hay que preguntarse qué bienes hizo al pueblo ó que mejoras procuró al Estado; hay que preguntar, por el contrario, que males acarreó a sus gobernados, con beneficio de la tiranía.

Hace ocho años que el Gral. Diaz hizo Gobernador a Manuel Alarcón, arrancándolo de su vida de nómada y poniendo fin a sus correrías de beduino. Alarcón, insignificante como político, obscuro como militar, ayuno de moralidad y paupérrimo de cerebro, era el hombre a propósito para servir de instrumento a la Dictadura; para obedecerla ciegamente, sin discernimiento y sin conciencia.

A cambio de sumisión absoluta para con el Centro, el Dictador garantizó a su protegido impunidad y apoyo en todo sus actos. Y resultó lo que era de esperarse: el mimado favorito no se ha preocupado del bien general, sino del suyo propio: ha buscado el halago de los aduladores y se ha dejado dominar por el fiaterillo Eugenio Cañas que es quien mejor ha sabido marearlo con el turíbulo. Alarcón y Cañas han causado la ruina del Estado; pero han hecho su fortuna y las de sus parientes.

Cuando Alarcón ascendió a la Primera Magistratura del Estado, no tenía ni una sola propiedad; hoy, posee seis magníficas casas en Cuernavaca; tiene terrenos y montes al

rededor de esa ciudad; es dueño de la Hacienda de Temilpa que vale cuatrocientos mil pesos, y obteniendo pingües ganancias al monopolizar las cosechas de arroz en todo el Estado, ha llegado a figurar entre los principales banqueros de Morelos.

Eugenio Cañas, el alma de su Gobierno, era escribiente de un Juzgado Menor de Teteccala, con cuarenta pesos de sueldo al mes hoy es poderoso numulario, Director General de Rentas, Recaudador de contribuciones, improvisado Ingeniero Civil, Electricista y Agrónomo, y dueño de una Empresa de fuerza eléctrica, que recibe fuertes subvenciones del Gobierno del Estado y del Ayuntamiento de Cuernavaca.

El Inspector de las Fuerzas Rurales del Estado, es el Teniente Coronel Julio Alarcón, hermano del Gobernador. Al entrar a desempeñar, hace ocho años, el empleo que hoy ocupa, era caballerango de la Hacienda de Tenisco, y hoy, es dueño de dos ranchos productores de arroz y maíz, de tres grandes casas en Cuernavaca y del Ferrocarril urbano de la ciudad, todo lo cual representa un capital muy considerable, que no pudo por cierto ser formado con los ahorros que proporcionaría un modesto sueldo de Jefe de Rurales.

En Morelos, como en todas partes, se observa esa milagrosa productividad de los puestos públicos. Los funcionarios son seres privilegiados en cuyas manos el dinero obra prodigios: disfrutan sueldos bastante humildes; pero con poco que desempeñen un cargo, se hacen capitalistas y propietarios por no sabemos que procedimiento maravilloso.

Los hechos que se han señalado en el Gobierno de Alarcón, lejos de darle lustre, lo han desprestigiado. tales son, entre otros, el asesinato frustrado del digno ciudadano Pedro Alcázar, de quien quisieron deshacerse las autoridades de Jona catepec, y los brutales atropellos de que fué víctima en Yantpec la Sra. Guadalupe Rojo Vda de Alvarado, Editora de «Juan Panadero.»

Ni siquiera como militar tiene algún mérito el reelecto Gobernador de Morelos. El orgullo con que Alarcón ostenta su inmerecido grado de Coronel, inspira lástima a los que medianamente conocen los nada gloriosos antecedentes del alto funcionario. Junto a los hechos de Manuel Alarcón, resultan casi homérica epopeya las desastradas hazñas del policía Bernardo Reyes. Apenas las siniestras Acordadas pudieran dar idea de lo que fué en un tiempo el hombre escogido por el Gral. Diaz para hacer sentir su Dictadura en el desventurado Estado de Morelos.

En Morelos no hay garantías, porque la Justicia ha quedado redu-

LA SALVADORA

del Dr. P. E. Rodríguez L. para enfermedades de las Señoras, cura mejor que ningún otro remedio el Infarto, la Hipertrofia, Ulceraciones, Flujo blanco, Cáncer, los trastornos de la Menopausia ó edad crítica y en general todas las afecciones de la cintura.

¡No hay que dejarse

reconocer ni operar!

Tómese antes «LA SALVADORA» con la seguridad de encontrar la salud.—En Droguerías y Boticas, á un peso el pomo.—Los pedidos al por mayor, diríjense al Consultorio del Dr. P. E. Rodríguez L., 2ª de Santa Catarina número 9.—Dirección por Correo, Apartado 1187.—México.—El Dr. Rodríguez no atenderá pedidos menores de una docena.

Depositos: En Guadalajara, Droguería Continental de Silva Rrucco y Co.—En Puebla, Droguería de Mercaderes, de A. Roig Sucs.—En Orizaba, en la Reforma No. 36. J. Contel.—En Veracruz, Droguería Veracruzana, de Muller Sucs.—En Mérida, Droguería Peninsular de J. D. Diaz y Diaz.

La Poderosa Sanadora.



Cuya reputación es bien conocida en todo este país, acaba de establecerse permanentemente en San Antonio, Texas. Sana todas las enfermedades, sin aplicar drogas, también cura a cualquiera distancia por medio del maravilloso poder del Espíritu con el cual fué nacida.

Ella es la mejor adivinadora en el Sur, siendo la séptima hija de la séptima hija.

Nunca tierra en cambiar la suerte

Doctora ALVESSA MATTHEWS.

Calle S. Laredo 708.—Antiguo teléfono 308—1 R.

cida a las consignas espeluzantes de Alarcón; no hay mejoras públicas, porque sólo se busca el beneficio del Gobernador y sus favoritos; la banarrota de la Hacienda equivale a la prosperidad económica de los que la manejan; la Instrucción Pública está en manos del Obispo Plancarte; el Comercio está muerto, los caminos pésimos; pero la tiranía está floreciente, aplastándolo y absorbiéndolo todo, y alimentando su existencia monstruosa con la ruina del Estado y el infortunio de los ciudadanos.

El Gral. Diaz aplaude la labor tiránica de su fiel instrumento, y en las Cacerías que Alarcón organiza para solaz del Autócrata, este aconseja a su favorito que no cambie de conducta, que oprima, que persiga, que se imponga.

El Gral. Diaz, en su desmedido orgullo, no quiere comprender que los excesos de las tiranías son tremendas provocaciones para la paciencia de los pueblos.

Sensible defuncion.

El 17 del mes que hoy termina falleció a las tres y media de la tarde en la ciudad de El Paso, Tex., el honrado liberal Sr. Cruz Sánchez.

El Sr. Sánchez se distinguió siempre por su patriotismo, por su honradez y por su amor al prójimo.

La desaparición de hombre como el Sr. Sánchez deja un vacío en la humanidad.

Desearnos consuelo y resignación a su honorable familia